

lo que yo traduciría así, más según el espíritu que según la letra:

*Fille adroite,
Prends la droite.
Homme gauche,
Prends la gauche.*

En Pasajes, se trabaja, se baila y se canta. Algunos trabajan, muchos bailan, todos cantan.

Como en todos los lugares primitivos y rústicos, en Pasajes no hay más que niñas y viejas, es decir, flores y... por mi vida, buscad la otra palabra en Ronsard. La mujer propiamente dicha, esa magnífica rosa que se abre de los veinticinco á los cuarenta años, es un producto exquisito y raro de la civilización extrema, de la civilización elegante, y sólo existe en las ciudades. Para hacer á la mujer es necesario la cultura; es necesario, permitidme la palabra, esa jardinería que denominamos el espíritu de sociedad.

Donde no existe espíritu de sociedad, no hallaréis á la mujer. Tendréis á Inés, tendréis á Gertrudis; pero no tendréis á Elmira.

En Pasajes hay constantemente muchachas que lavan y ropa blanca que se seca; las muchachas lavan en los arroyos, las ropas se secan en los balcones. Esto distrae el oído y los ojos.

Esos balcones son las cosas más curiosas del mundo para ser contempladas y estudiadas. No podéis figuraros cuántas cosas hay, además de la ropa que se seca al aire libre, en un balcón de Pasajes.

La misma baranda, que es casi siempre antigua, esto es, retorcida ó cincelada, vale ya la pena de ser examinada. Luego, en el techo del balcón,—pues todo balcón tiene un techo que es el balcón superior ó el alero del tejado,—en ese techo, repito, se balan-

cean hilos de pesca, nasas, redes, rollos de cuerdas, esponjas, un loro en una jaula de madera, cajas suspendidas llenas de claveles encarnados bajo las cuales se enredan nudos de cuerno, pequeños jardines aéreos que os hacen pensar en Semíramis. En la pared, entre las ventanas, se clavan ramos de siemprevivas atadas en cruz, harapos, viejas prendas bordadas, banderas, rodillas; luego otras cosas fantásticas cuya utilidad no se adivina y que están allí como adorno, cuatro latas unidas en cuadro, un alambre en forma de aro, un pandero vascongado sin parche. Algunos dibujos trazados con carbón en la blanca pared, algunos cubos con aros de hierro reluciente para sacar agua, y una muchacha que se ríe apoyada en la baranda, completan el decorado del balcón.

En el viejo Pasajes, al otro lado de la bahía, he visto una casa del siglo xv, cuyo balcón, más lleno y atestado de objetos que un corral de Normandía, está encuadrado entre dos severas siluetas de caballeros esculpidos sobre anchas tablas de encina.

El día que llegué, como para festejar mi llegada, una saya vieja, compuesta de varios retales de todos colores cosidos entre sí, flotaba como una bandera en uno de esos balcones. Aquel abigarrado trofeo se hinchaba al viento con un orgullo y un fausto inexplicables. No he visto en mi vida un manto de alegría más magnífico.

A mediodía, el sol proyecta debajo todos los techos y todos los balcones anchas tiras de sombra horizontal que hacen resaltar la blancura de las fachadas, y hacen, además, que la villa, vista desde lejos, destacándose sobre el fondo verde y sombrío de las montañas, parezca vivir con vida luminosa y extraordinaria.

La plaza, sobre todo, es radiante, pues hay una plaza en Pasajes, que, como todas las plazas españo-

las, se denomina *Plaza de la Constitución*. A despecho de ese nombre parlamentario y lluvioso, la plaza de Pasajes brilla y reluce con admirable fantasía. Esa plaza no es otra cosa que la prolongación de la calle, ensanchada y abierta sobre el mar. Algunas de las altas casas que la rodean se encaraman sobre colosales arcadas. La casa central ostenta en el frente el blasón en colores de la villa. Todos los bajos son tiendas.

Ciertos domingos la villa se paga á sí misma una corrida de toros, y aquella plaza le sirve de anfiteatro, lo cual indican algunos ensamblajes de maderos plantados en el pavimento á lo largo del parapeto. Mas ya fuera plaza de toros ó de la constitución, os repito que nada hay más alegre, más curioso y más distraído para la vista.

La vida superabundante que anima á Pasajes se resume en esta plaza y en ella alcanza su paroxismo. Las bateleras permanecen en un extremo, los majos y los marineros en otro; los niños suben, se encaraman, andan, bambolean, gritan y juegan en todas partes; las abigarradas fachadas exhiben todos los colores de la cotorra, el amarillo más intenso, el verde más fresco, el rojo más encarnado. Los cuartos y las tiendas son cavernas llenas de claros oscuros mágicos, donde se entrevé entre brillos y reflejos toda suerte de muebles fantásticos, arcas como sólo se ven en España, espejos como sólo se ven en Pasajes.

Algunos semblantes impregnados de bondad y honradez sonríen cordialmente en todos los umbrales.

Hace un momento os hablaba del *Viejo Pasajes* que se denomina también *el otro Pasaje*. Hay efectivamente dos Pasajes, uno joven y otro viejo. El joven tiene trescientos años. Es el en que vivo.

La otra mañana quise pasar el agua y ver el viejo. Es una especie de Bacharach meridional.

Allí, como en el Bacharach del Rhin, «el extranjero es extraño»; algunos niños escualidos y algunas viejas pálidas os ven pasar con estupor.

Una me gritó al detenerme delante de su casa. *Hijo, dibuja eso. Viejas cosas, hermosas cosas.* El inmueble, en efecto, era una magnífica construcción del siglo XIII, lo más destartada y ruinosa que puede verse.

La calle del viejo Pasajes es una verdadera calle árabe; casas blanqueadas, macizas, desiguales, apenas agujereadas por alguno que otro ventanillo. Si no hubiera tejados, creeríais hallaros en Tetuán. Esa calle, donde la yedra va de un lado á otro, está empedrada de losas, anchas escamas de piedra que ondulan como el dorso de una serpiente.

La iglesia estropea el conjunto. Es moderna y reconstruída en el pasado siglo. Hice que la abrieran para mí por media peseta. Una inscripción en el órgano reza la fecha, que aparte esto está perfectamente escrita en la arquitectura.

MANVEL	MARTIN
CARRERA	ME HIZO
AÑO	1774

Esta iglesia es desabrida; el viejo Pasajes es triste. El desacuerdo no puede ser más visible. El desabrimiento es la tristeza de lo que es pequeño. Y el viejo Pasajes tiene grandeza.

Ya veis, amigo mío, que mi paseo matutino no es sin ocupación. Después de pasear, vuelvo á casa, almuerzo, y luego me voy por los caminos de las rocas. Doy la mañana á la villa y la tarde á la montaña.

Subo á la montaña por algunas escaleras perpen-

diculares, de peldaños muy altos y muy estrechos, sólidamente empotrados en la escarpa y confundidos con la ruda vegetación de la roca. Cuando se llega á lo alto de una escalera, se encuentra otra. Van agregándose así extremo con extremo y suben hacia el cielo, como esas espantosas escaleras que se ven bambolear en las arquitecturas imposibles y misteriosas de Piraneso. Sin embargo, las escaleras de Piraneso se hunden en el infinito y las escaleras de Pasajes tienen fin.

Cuando estoy en lo alto de las escaleras, encuentro de ordinario una cornisa, un sendero de cabras, una especie de canal labrado por los torrentes y las lluvias y que forma un resalte á la montaña. Me encamino por allí, á riesgo de precipitarme sobre los tejados del pueblo, de caerme por una chimenea á una marmita y de agregarme como un ingrediente más á alguna olla podrida.

Las cimas de las montañas son para nosotros como mundos desconocidos. Allí vegeta, florece y palpita una naturaleza refugiada que vive aparte. Allí se acoplan, en una especie de misterioso himeneo, lo repulsivo y lo simpático, lo salvaje y lo pacífico. Cuando el hombre está lejos, la naturaleza está tranquila. Una especie de confianza, desconocida en el llano donde la bestia oye los pasos humanos, modifica y apacigua el instinto de los animales. No es ya la naturaleza azorada é inquieta de los campos. La mariposa no huye; la langosta se deja coger; la lagartija, que es á las piedras lo que el pájaro á las hojas, sale de su agujero y os mira pasar. No hay otro rumor que el viento, ni otro movimiento que la hierba abajo y la nube arriba. En la montaña el alma se eleva, el corazón se sana; el pensamiento toma su parte en esta profunda paz. Parece que se siente el ojo de Jehová abierto cerca de nosotros.

Las montañas de Pasajes tienen para mí atractivos particulares. El primero es que tocan al mar, que á cada instante hace golfos de sus valles y promontorios de sus colinas. El segundo es que son hechas de gres.

El gres es muy desdeñado por los geólogos, que lo clasifican, según tengo entendido, entre los parásitos del reino mineral. Mas, por mi parte, hago gran caso del gres.

Ya sabéis, amigo mío, que para los espíritus meditados todas las partes de la naturaleza, aun las más opuestas á primera vista, se unen entre sí por una multitud de armonías secretas, hilos invisibles de la creación que el contemplador divisa, que hacen del gran todo una inextricable red, que vive de una sola vida, se alimenta de una sola savia, uno en la variedad, y que son, por decirlo así, las raíces mismas del ser. Así que, para mí, hay una armonía entre la encina y el granito, que despiertan, el uno en el orden vegetal, el otro en la región mineral, las mismas ideas que el león y el águila entre los animales, poderío, grandeza, fuerza, excelencia.

Hay otra armonía, más oculta aun, pero para mí evidente también, entre el olmo y el gres.

El gres es la piedra más agradable y la más extrañamente petrificada que haya. Entre las rocas es lo que el olmo entre los árboles. No hay apariencia que él no tome, ni capricho que él no tenga, ni ensueño que él no realice; tiene todas las caras, hace todas las muecas. Parece animado de un alma múltiple. Perdonadme esta palabra á propósito de esta cosa.

En el gran drama del paisaje, el gres representa el papel fantástico; unas veces grande y severo, otras veces bufón; se inclina como un luchador, y se hace un ovillo como un clown; es esponja, pudding, tienda, cabaña, tronco de árbol; aparece en un campo

entre la hierba á flor de tierra, formando pequeñas gibosidades amarillas y vedijosas é imita un rebaño de corderos dormidos; hace caras que ríen, ojos que miran, mandíbulas que parecen morder y comer el helecho; agarra los matorrales como un puño de gigante que sale de tierra bruscamente. La antigüedad, que era aficionada á las alegorías completas, hubiera debido hacer en gres la estatua de Proteo.

Una llanura sembrada de olmos no es jamás fastidiosa; una montaña de gres está siempre llena de sorpresas y de interés. Todas las veces que la naturaleza muerta parece que viva, nos conmueve de una manera extraña.

Al anochecer sobre todo, en la hora inquietante del crepúsculo, es cuando empieza á tomar forma esta parte de la creación que se hace fantasma. Sombria y misteriosa transfiguración.

¿Habéis observado, al caer la noche, en nuestras grandes carreteras de los alrededores de París, las siluetas monstruosas y sobrenaturales de todos los olmos que el galopar del coche hace aparecer sucesivamente á vuestra vista? Los unos bostezan, los otros se retuercen hacia el cielo y abren una boca que aulla horriblemente. Los hay que se ríen con risa horrenda y repulsiva, propia de las tinieblas; el viento los agita; échanse hacia atrás con contorsiones de condenados, ó se inclinan los unos hacia los otros y se dicen en voz baja, en sus vastos oídos de follajes, palabras de las que al pasar oís no sé qué extrañas sílabas. Los hay que tienen cejas desmedidas, narices ridículas, cabezas desmelenadas, pelucas formidables; esto en nada disminuye lo que tiene de medroso y lúgubre su realidad fantástica; son caricaturas, pero son espectros; algunos son grotescos, todos son terribles. El soñador cree ver extenderse al borde del camino en amenazadoras y deformes filas, é inclinarse á su paso

los fantasmas desconocidos y posibles de la noche.

Todos los pensadores son soñadores, la fantasía es el pensamiento en estado fluido y flotante. No hay un espíritu grande á quien no hayan obsesionado, encantado, asustado, ó al menos sorprendido las visiones que salen de la naturaleza. Algunos han hablado de ello y, por decirlo así, han depositado en sus obras, para vivir en ellas eternamente la vida inmortal de su estilo y de su pensamiento, las formas extraordinarias y fugitivas, las cosas sin nombre que habían entrevisto «en la obscuridad de la noche». *Visa sub obscurum noctis*. Cicerón las denomina *imagines*; Casio *spectra*, Quintiliano *figuræ*, Lucrecio *effigies*, Virgilio *simulacra*, Carlomagno *masca* (1). En Shakespeare, Hamlet habla de ellos á Horacio. Gassendi se preocupaba, y Lagrange los soñaba después de haber traducido á Lucrecio y meditado á Gassendi.

Yo pienso en vos en voz alta, amigo mío. Una idea me conduce á la otra, y me dejo llevar. Vos sois bueno y simpático é indulgente. Estáis acostumbrado á mi paso y me dejáis que piense soltándome la brida al cuello. Sin embargo, ya estoy lejos del gres, en apariencia al menos. Vuelvo á él.

Los aspectos que presenta el gres, las copias singulares que hace de mil cosas, tienen de particular que la claridad del día no los disipa ni los desvanece. Aquí, en Pasajes, la montaña esculpida y labrada por las lluvias, el mar y el viento, está poblada, merced al gres, de una muchedumbre de habitantes de piedra, mudos, inmóviles y eternos, casi terroríficos. Hay un ermitaño encapuchado, sentado á la entrada de la bahía, en la cúspide de una roca inaccesible, con los brazos extendidos, que, según sea el cielo azul ó borrascoso, parece bendecir el mar ó avisar á los

(1) *Stryga vel masca*.

marineros. Hay también enanos con picos de ave, monstruos de forma humana con dos cabezas, de las cuales la una ríe y la otra llora, allá cerca el cielo, en una meseta desierta, en la nube, allá donde no hay nada que haga reír ni llorar. Hay miembros de gigante, *disjecti membra gigantis*; aquí la rodilla, allí el torso y el omoplato, la cabeza más lejos. Hay un ídolo barrigudo, con hocico de buey y collares al cuello y dos pares de brazos gruesos y cortos, detrás del cual extensos matorrales se agitan á guisa de espantamosca. Hay un sapo gigantesco acurrucado en la cima de una alta colina, jaspeado por los líquenes de manchas amarillas y violadas, que abre una boca horrible y parece soplar la tempestad hacia el Océano.

IX

AL REDEDOR DE PASAJES

PASEOS POR LA MONTAÑA.—ESCRITO AL PASO

I

3 de agosto.—A las 3 de la tarde.

Paseándome por la rada, he divisado una especie de ruina en la cumbre de una montaña. Esa ruina no presenta en modo alguno la silueta de una ruina antigua. Es una demolición moderna y probablemente reciente. Los ingleses, durante su permanencia en Pasajes; los carlistas y los cristinos, durante la última guerra, construyeron algunos fuertes en las alturas; será sin duda alguno de esos fuertes que habrán sido derribados después. Voy á visitarlo.

Subo á la montaña. Hay aparentemente un sendero; mas yo no lo conozco. Voy á la ventura á través de las retamas. La ascensión es larga, casi á pico, muy penosa. A mitad de la cuesta me siento en los pedruscos.

El horizonte se ha levantado, el mar aparece allá